

JOSEPH RATZINGER

EL PAPA DE LA RAZÓN, UNA INTRODUCCIÓN AL PENSAMIENTO DE BENEDICTO XVI

Este libro explica de forma asequible la obra de pensamiento de Joseph Ratzinger, que ofrece importantes claves para comprender la cultura contemporánea, sus problemas, sus desafíos y sus posibilidades.



JOSÉ MARÍA CARABANTE

SEKOTIA

JOSÉ MARÍA CARABANTE

JOSEPH RATZINGER

El papa de la razón, Benedicto XVI

SEKOTIA

© JOSÉ MARÍA CARABANTE, 2024
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2024

Primera edición: marzo de 2024

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SEKOTIA • COLECCIÓN REFLEJOS DE ACTUALIDAD
Editor: Humberto Pérez-Tomé Román

www.sekotia.com
pedidos@almazaralibros.com - info@almazaralibros.com

Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Gráficas La Paz
ISBN: 978-84-19979-16-2
Depósito: CO-263-2024
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
BENEDICTO XVI O EL COMPROMISO CON LA RAZÓN	15
En la viña del Señor	15
Primero, pastor	17
Luego, teólogo	19
Y, por último, profesor	25
Función y naturaleza de la universidad.....	29
Peligros para la universidad	31
Un pensador de referencia.....	34
RAZÓN, FE Y CRISTIANISMO.....	37
¿Una filosofía cristiana?	38
Cristo, filósofo	41
¿Qué es la teología?	44
Dimensiones del saber teológico	46
Ortodoxia y ortopraxis	48
Logos y cristianismo	51
La sabiduría, don de la fe	53
EL DIOS DE LA FE Y EL DIOS DE LOS FILÓSOFOS.....	59
Perspectivas sobre Dios.....	59
El cristianismo y otras religiones	63
La fe cristiana, algo más que una religión.....	67
Trascendencia e inmanencia.....	68
Pensar lo absoluto	73
Cristianismo, filosofía y mística.....	75
HACIA UNA HISTORIA DE LA RAZÓN	79
Razón clásica y razón moderna	79
Verdad y razón ampliada.....	82

Lo natural y lo sobrenatural.....	84
La razón mutilada de la modernidad.....	86
Las debilidades de la razón moderna.....	94
Ratzinger y la razón posmoderna.....	97
ECLIPSE DEL HOMBRE, ECLIPSE DE DIOS	103
El declive de Dios.....	104
Intolerancia, relativismo y pluralismo.....	106
Desorientación ética.....	110
Poder y naturaleza	115
LA ILUSTRACIÓN, CONSECUENCIA DE LA FE.....	119
El secularismo ilustrado	119
El cristianismo, la primera Ilustración.....	122
Verdad y libertad	125
Los diversos sentidos de conciencia.....	129
DOS TITANES FRENTE A FRENTE. RATZINGER VS. HABERMAS..	135
Razón abierta y razón comunicativa	136
Intereses y trayectorias similares.....	137
Habermas, adalid de la razón comunicativa	139
Constructivismo político y patriotismo constitucional.....	142
La insuficiencia de la razón discursiva	148
El artificio contractualista.....	151
FUTURO CON ESPERANZA.....	155
Ratzinger, personalista.....	155
Persona humana, persona divina	157
La fe, encuentro personal.....	160
La fe en nuestra era posmoderna.....	163
De la razón al amor	168

Para Belén, Teresa y Marta, como siempre.

INTRODUCCIÓN

La muerte de un pensador —de un filósofo o, en este caso, de un teólogo, lo mismo da— deja un hueco. El vacío de la orfandad, podríamos decir, es siempre grande, pero llega a infinito cuando el que abandona el barco ha abierto horizontes resplandecientes. Se esté o no de acuerdo con el legado de Ratzinger, pocos dudan de que holló con gravedad y sencillez el terreno del pensamiento, dejando huellas que orientan a los que venimos después.

Lo que aquí se propone no es un resumen de sus aportaciones, aunque no cabe duda de que en las páginas que siguen se pueden entresacar los motivos e intereses que guiaron su trayectoria. Nos interesa, sobre todo, señalar aquel aspecto —el crucial para nosotros en quien fue Benedicto XVI— en el que razón y fe se hermanan, como si fueran dos manos —o cuerpos— que se entrelazan. De ese abrazo, nos alecciona el sabio alemán, dependen muchas cosas. Ciertamente, cabría pensar que su lectura de la naturaleza de la razón resulta interesada, como si concediera demasiado a la fe. Pero una mirada atenta descubre todo lo contrario: que nosotros, que estamos ahitos de razón —empachados de un modelo parcial de ella, para ser más exactos— lo que precisamos es creer.

Ratzinger propuso ensanchar las fronteras de la racionalidad, pero no tanto para ubicar en sus predios la fe como para tratar sus dolencias. Sin oxigenar esa capacidad que quiso

donar Dios al ser humano, no hay modo alguno de descubrir al creador, eso es evidente. Ahora bien, tampoco encontraríamos puentes para conversar o preocuparnos por el otro. ¿Acaso valdría la pena un universo sin razón, sin logos, sin palabra? ¿No sería la realidad, entonces, opaca y el planeta una oquedad silenciosa y fría?

La suerte de la razón para nosotros, que somos hijos del cristianismo, depende de esa fe nacida, hace dos siglos, en un desértico rincón de Palestina. Ahondar en las cuadernas de esta civilización, en todo lo que ha sostenido durante milenios, su vitalidad, es más necesario que nunca. Quizá no avistemos a los bárbaros porque ya lo somos. De ahí que necesitemos airear nuestros cuartos y confiar de nuevo en aquello que no es la razón, si no a lo que esta apunta. El acicate para cambiar la situación —nos dice Benedicto XVI— es el compromiso de la religión cristiana con los vientos que soplaban en Atenas. Eso no solo transformó el mundo y universalizó el mensaje, sino que nos dotó de nuestra idiosincrasia.

Ratzinger fue el Papa de la razón, el adalid de la verdad en tiempos convulsos. Vivió las principales tensiones del siglo XX, que no son pocas, y advirtió, con su mirada límpida, los estertores en que la verdad, cada vez más escuálida, cada vez más anémica, se debatía. Sin verdad, el ser humano no puede vivir y perece, como lo hacen las plantas cuando escasea el agua. Y él se propuso acercar la fuente para católicos y creyentes, para quienes tienen otra religión o están lejos de Dios, sin distinciones.

Su querida obsesión por la verdad, que se palpa en su juventud y se manifiesta en sus últimas intervenciones públicas, ya retirado, convirtiéndolo en una especie de mártir. Sabemos que el término se aplica a quienes se convierten en testigos valientes de lo que creen. Fuera o no cruento, su testimonio no admite duda: él lo vivió con la paz espiritual que acostumbraba y es incuestionable que su actitud le acarreo el castigo de

los medios. Revisense las hemerotecas: quizá no se encuentren personalidades tan mal paradas como este sabio de pelo blanco como la nieve. Tan injustamente mal paradas.

Partimos, en esta singladura que proponemos, de su figura, ofreciendo un análisis biográfico en el que se transparenta ya su vocación por la verdad. Las facetas de su vida —pastor, teólogo, profesor— nunca contendieron; es más, se unen en su preocupación constante por defender la racionalidad y la fe. Tras esa primera escala, pasamos a revisar cuál es el vínculo —la ligazón inmanente— entre cristianismo y razón. Este es el principal hallazgo de este ensayo y las ideas que contienen se van desplegando, como un mapa orientador, a lo largo de los sucesivos capítulos. En el tercero, abordamos la concepción filosófica de Dios y lo que la distingue de la noción teológica para, a continuación, ofrecer una historia de la razón desde parámetros ratzingerianos. Si en el quinto capítulo aludimos a los bienes que desaparecen como consecuencia del eclipse de Dios y de la verdad, en el sexto se propone una verdadera Ilustración: frente al secularismo, la idea de fondo es que la fe puede servir para adecentar y expandir nuestra razón. Antes de hablar de la esperanza y de la persona, como encarnación de la verdad, perfilamos los contornos de su conversación con Habermas, un evento trascendental que todavía hoy necesitamos visitar.

Como se verá, no hay gran aparato crítico. El objetivo es introducir poco a poco al lector en esa gran sinfonía que compuso Benedicto XVI, apuntando algunas obras de referencia que le servirán para ahondar por sí mismo en su cueva de tesoros. Bibliografía hay suficiente, tanta que puede llegar a indigestar. Lo que se propone aquí es una lectura —más filosófica— de su producción, atenta principalmente a la conversación que mantuvo con la cultura de su tiempo, de nuestro tiempo.

Si buscamos en Ratzinger estímulo para repensar la contemporaneidad, es porque él no se dirigió solo a los cristianos.

Como católico, tenía preocupaciones universales y suficiente intuición como para proponer un diagnóstico claro de lo que ocurre hoy. No llegó a ver las nuevas mareas, pero con su inteligencia nos brinda ayuda para capear el oleaje de lo *woke*, el relativismo y la cancelación. Ahora bien, como pastor, como sacerdote, como Papa, la suya no era una vocación que buscara encaramarse hasta las montañas de la abstracción. Le inquietaba la suerte del hombre, los descaminos que había tomado y deseaba orientarlo hacia el verdadero origen del sentido, para lo cual nada mejor que contar con ese mapa que es la razón ampliada y que desemboca, necesariamente, en quien es razón absoluta, o sea, Dios.

BENEDICTO XVI O EL COMPROMISO CON LA RAZÓN

Joseph Ratzinger fue elegido pontífice en 2005, tras haber colaborado durante varias décadas con su antecesor, San Juan Pablo II. Acostumbrados a verle en los pasillos vaticanos, saludando a jefes de Estado y a personalidades de la cultura, quizá hayamos pasado por alto que el prefecto alemán —humilde e inteligente— no se sentía cómodo en esos fastuosos lugares. Antes de ocupar la silla de Pedro, había comunicado varias veces al Papa su deseo de dejar la Congregación, su voluntad de servir a Dios y a la Iglesia con el arma de los libros para la Doctrina de la Fe, incluso aunque fuera recluido en la infinita biblioteca vaticana. Pero San Juan Pablo II le pidió que continuara cerca de él y Ratzinger se mantuvo fiel.

EN LA VIÑA DEL SEÑOR

La vida de Ratzinger no estuvo marcada por la ambición, sino por su deseo de servir a Dios y responder con generosidad a la vocación sacerdotal. Es su comprensión del ministerio lo que dota de coherencia a su biografía, desde la entrada al seminario, en los años cuarenta del pasado siglo, hasta su elección como sucesor de Juan Pablo II, cuando se presenta en el balcón de la plaza homónima como un «humilde trabajador en la viña del Señor». A pesar de sus dotes intelectuales y su

propia inclinación por la docencia y la investigación, siempre fue consciente de que, ordenándose sacerdote y respondiendo a los que creía que eran los designios de Dios, estaba aceptando la posibilidad de formas de servir más sencillas, como párroco, por ejemplo, siempre que fuera necesario.

Partiendo de su docilidad, existen en la vida de quien fuera Benedicto XVI tres dimensiones estrechamente unidas. Primero, la dimensión de pastor, enraizada en su experiencia sacerdotal y episcopal, pero vinculada también con su vocación teológica. En esta será importante la experiencia conciliar, además de sus propias aspiraciones científicas, pero en su investigación no perdió jamás de vista que la teología no era el campo para realizar reflexiones abstractas o para cultivar inventivas, sino que sabía que en esa disciplina la verdad posee una naturaleza vivencial y eclesial irrenunciable. Por último, está su profesión docente.

Estas dimensiones se unen en su propia comprensión de la fe, que experimenta como el acontecimiento decisivo de la existencia: «Lo esencial incluso del mismo Jesucristo —cosa que, por cierto, hizo—, lo realmente importante es que “yo soy cristiano porque creo que eso ha acontecido”. Dios vino al mundo y ha actuado; por tanto, se trata de una acción, de una realidad, no solo de un conjunto de ideas», explicó en una entrevista con Peter Seewald¹.

La fe —profunda, pero no exenta de dudas— se une a otro de los valores orientadores de su vida: la verdad. Su lema episcopal («cooperatores veritatis», cooperadores de la verdad) no permite albergar dudas del puesto que esta ocupaba en su jerarquía de valores. Pero no entendía la verdad como un concepto meramente teórico, sino en toda su complejidad, lo cual, con la fe, condiciona su trayectoria. Porque el pastor ilustra al pueblo en la verdad; el profesor la descubre a los alumnos y el teólogo profundiza en la revelación. También fe y verdad se unen, ya que ambas

1 J. Ratzinger, *La sal de la tierra*, Palabra, Madrid, 1997, p. 23.

se presentan como una llamada y exigen humildad, compromiso y obediencia. Al hilo de ello, Benedicto XVI interpretó su vocación como «apasionante aventura de la razón», como recordaba en un texto:

Como lema episcopal escogí dos palabras de la tercera epístola de San Juan: «colaborador de la verdad», ante todo porque me parecía que podían expresar bien la continuidad entre mi anterior tarea [la de teólogo] y el nuevo cargo; ya que —con todas las diferencias que se quiera— se trataba y se trata siempre de lo mismo: seguir a la verdad, ponerse a su servicio².

PRIMERO, PASTOR

Tras su ordenación sacerdotal, en 1951, Ratzinger recibió su primer encargo diocesano: fue nombrado coadjutor en la parroquia de la Preciosísima Sangre de Cristo de Múnich. A pesar de haber estado allí por un período muy corto de tiempo —un año más tarde comenzó su carrera docente en el seminario de Frisinga—, se trató de una experiencia totalmente decisiva: su contacto con niños y jóvenes le obligó a realizar un esfuerzo intelectual con el fin de ser comprendido en su labor catequética.

Pasados los años, todavía recordaba con cariño su primera tarea pastoral, que dejó una importante huella en su pensamiento: además de haber destacado siempre por su claridad expositiva, Ratzinger estaba muy lejos de creerse superior o de pertenecer a una élite distinguida, distinta de la del resto de los mortales; pensaba, en contra, que el intelectual se debe caracterizar por su sencillez y tener en cuenta el «saber común».

2 J. Ratzinger, *Mi vida*, Encuentro, Madrid, 2013, p. 130.

Incluso en la teología afirmó «la primacía de la sencillez», hasta el punto de decir que, frente a una teología cada vez más especializada y abstrusa, la fe bautismal ha de ser la medida. Porque, como veremos, la fe ha de estar siempre antes que la teología y la revelación, que el pensar.

Aunque algunos han negado la vocación «pastoral» de Benedicto XVI, lo cierto es que, tal y como confesó en sus memorias, cuando se le abrió la posibilidad de dedicarse a la docencia y la investigación, tuvo sus dudas. Además de su vivo compromiso con el sacerdocio, la dimensión pastoral de su trayectoria se concreta en otros hitos. Por ejemplo, hay que tener en cuenta que siempre combinó sus obligaciones docentes e intelectuales con la predicación, tanto en la universidad como durante sus años de trabajo en la Santa Sede. Fruto de ellos son algunos de sus libros y ensayos en los que se recogen homilias o textos de índole espiritual. Por otro lado, no se negó nunca a colaborar en ese tipo de tareas; se sabe que fue asesor de los obispos alemanes.

Como pastor e intelectual al servicio de la Iglesia, hay que destacar su participación en el Concilio Vaticano II, tanto en la etapa preparatoria del mismo (1960), en calidad de colaborador del cardenal Frings, como durante su desarrollo, ayudando en la redacción de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, *Lumen gentium*. La citada Constitución, de hecho, pone de relieve la vinculación consustancial entre la Iglesia y el misterio de Cristo, una de las cuestiones centrales de su eclesiología.

En 1977, Joseph Ratzinger fue consagrado Obispo de Múnich y Frisinga y, unos meses más tarde, nombrado cardenal. La situación de la Iglesia, especialmente en Alemania, así como los urgentes y complicados problemas de la época —la influencia del marxismo en la teología, la crisis de valores provocada

por el Mayo del 68³, la interpretación rupturista del Concilio, etc.—, hacían aconsejable un obispo teólogo y Ratzinger aceptó desempeñar ese papel. Asimismo, puede entenderse como pastoral, en la medida en que resulta ser fruto de su actitud de servicio, su labor como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, un cargo en el que permanecerá desde 1981 hasta su elección como Romano Pontífice en 2005.

Un hecho importante durante sus años al frente del famoso dicasterio fue la aprobación del Catecismo de la Iglesia Católica en 1997, en el que se expone el contenido de la fe y que tiene una finalidad catequética innegable. Pero su vocación pastoral se puso de manifiesto con mayor claridad en su llegada al pontificado y hasta su muerte, pues incluso como Papa emérito, retirado de la esfera pública, siguió predicando cada semana a la comunidad con la que vivía.

LUEGO, TEÓLOGO

Nada, sin embargo, puede compararse con la inclinación personal que ha sentido Ratzinger hacia la teología, ámbito en el que destacó desde que en 1952 aceptara hacerse cargo del área de teología dogmática en el seminario de Frisinga, después de obtener un premio de la facultad de teología de Múnich por un trabajo sobre San Agustín. Un año más tarde, en 1953, recibió el doctorado por una tesis sobre el Obispo de Hipona, una figura muy influyente en su vida. Su investigación para la habilitación no tuvo el resultado esperado por un desencuentro con uno de los teólogos más célebres del momento, Michael Schmaus, pero salvó el trámite centrando su trabajo, que inicialmente versaba sobre la revelación en San Buenaventura, en la exposición de la teología de la historia del Doctor Seráfico. Se

3 J. M. Carabante, *Mayo del 68*, Rialp, Madrid, 2018.

trata, en cualquier caso, de un texto indispensable para conocer el marco teológico en el que se movió, así como su interés por ahondar en los lazos entre historia y verdad revelada.

En términos teológicos, Ratzinger fue un renovador, aunque siempre dentro de un escrupuloso respeto por el magisterio. Reivindicó, frente a una teología demasiado sistematizada y encerrada en sí misma, corrientes teológicas que se miraban en la época con recelo, y por ello fue un adelantado. Su impronta más innovadora se percibe en muchas de las declaraciones conciliares, en las que participó activamente. Tenía, pues, un modo de hacer teología que hacía uso de los movimientos renovadores en ámbitos como la Biblia o la patrística, y siguió a pensadores como Yves Congar, Henri de Lubac o Hans von Balthasar, entre otros. A diferencia de una teología más deductiva, el enfoque de Ratzinger partía de la problemática existencial del hombre y era de naturaleza esencialmente exegética. «Ratzinger —comenta uno de los principales especialistas en su obra, P. Blanco, a quien seguimos muy de cerca— ha ofrecido una clara síntesis teológica que se fundamenta en la Biblia y en los Padres, a la vez que quiere dialogar con la cultura actual»⁴.

Sería erróneo hablar, como han hecho algunos, de un «Ratzinger progresista». Es verdad que él, como joven teólogo, no tenía reparos en señalar la inadecuación de la teología del momento para entablar un diálogo fructífero con la sociedad, la cultura y, en definitiva, el hombre de su tiempo, pero también se dio cuenta de que las reformas conciliares eran positivas. No es verdad tampoco que en su trayectoria se diera una ruptura o transformación y que hubiera un Ratzinger revolucionario antes y uno reaccionario después, tras asumir los encargos en el Vaticano. No hubo transición alguna; lo que sucedió es que,

4 P. Blanco, *Joseph Ratzinger. Razón y cristianismo*, Rialp, Madrid, 2005, p. 230.

en el marco de las revoluciones estudiantiles de los sesenta, se dio cuenta de que se infiltraban en la teología determinadas ideologías políticas y, en concreto, el marxismo.

En ese contexto, se opuso a corrientes de moda como la «teología política» de Johann Baptist Metz o la «teología de la esperanza» del teólogo protestante Jürgen Moltmann, que convertían el cristianismo en un instrumento de lucha política. Para mostrar lo que decimos, puede ser bueno recordar lo ocurrido con *Concilium*, una revista académica. En 1965, en el marco del Concilio Vaticano II, algunos de los teólogos más célebres de la época se reunieron para poner en marcha esa publicación y contar con un foro de discusión. Ratzinger no dudó en sumarse a la empresa, creada para difundir y ahondar en la experiencia conciliar, y participó en su primer número. Pero pronto se dio cuenta de que poseía una marcada línea ideológica y que se pretendía convertir en una «especie de concilio permanente de teólogos». A causa de ello, un poco después y con la ayuda de Von Balthasar y De Lubac, y algunos otros que se habían distanciado de *Concilium*, crearon *Communio*, un proyecto editorial basado en la idea de «comunidad» en la fe y los sacramentos y que aspiraba a influir no solo en el debate teológico, sino también cultural. Ambas se siguen publicando hoy día.

Pero Ratzinger ejercerá su labor teológica no solo desde la cátedra; también, en su caso, el púlpito le anima a la reflexión sobre los misterios de la fe, uniendo de modo singular la predicación y la profundización en las verdades reveladas. Eso explica que ni siquiera durante los cinco años que pasó como obispo de Múnich, se apartara de la investigación. Asimismo, solo aceptó el nombramiento de Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe cuando Juan Pablo II le aseguró que era compatible con la publicación de sus opiniones teológicas. También fue presidente de la Comisión Teológica Internacional y no hay duda de que la decisión para situarle al frente de la

defensa de la fe contribuyó a elevar el nivel teológico de curia, algo necesario teniendo en cuenta el complejo contexto cultural y social de la última parte del siglo XX. Como intelectual, siempre fue una personalidad muy respetada.

Siguiendo la tradición de San Agustín, su teología se preocupó de la fe con el fin de comprender (*credo ut intelligam*). De ahí arranca su concepción de la racionalidad y su constatación de que el modelo moderno resulta insuficiente. La fe es verdad y es esta inclinación lo que liga a la religión con la racionalidad. La teología de Ratzinger es, al mismo tiempo, una teología amplia, pues la reflexión sobre los misterios de la fe «abre el acceso a un recto conocimiento de la propia vida, del mundo y de los hombres»⁵. Partiendo de esta concepción positiva, en la medida en que la creencia posibilita el acto de comprender, las verdades cristianas aparecen como sendas que encaminan al hombre hacia una mayor profundización y, por tanto, a su plenitud.

El prestigio de Ratzinger, sin embargo, no se debe a la voluntad de destacar o singularizarse. Si abrió caminos en la teología, fue siempre convencido de que lo relevante era la tradición. Nunca tuvo la pretensión de crear un sistema personal ni se preocupó por la novedad de sus interpretaciones. Su teología se basaba en una humilde interpretación de las cuestiones a partir de la lectura y el estudio atento de los grandes «pensadores de la fe». «Yo no hago una teología aislada; intento hacer una teología lo más amplia posible y siempre abierta a otras formas de pensamiento dentro de una misma fe», advirtió⁶. Siguió, por tanto, el surco de los maestros de la teología, como San Agustín o Santo Tomás, que no pretendieron la celebridad personal ni se propusieron ser transformadores, pero que revitalizaron la

5 J. Ratzinger, *La sal de la tierra*, *op. cit.*, p. 29.

6 *Ibidem*, p. 32.

teología y la filosofía de su tiempo justamente por su fidelidad al mensaje revelado.

Pero ¿cuáles son los principales temas de los que se ocupó en su trabajo como teólogo? Espigando en su obra, se puede decir que fueron el ecumenismo, la relación entre fe y razón, la escatología, la liturgia, la creación y el diálogo entre el cristianismo y el mundo contemporáneo. Aunque muchos de ellos los veremos más detenidamente a lo largo de este ensayo, conviene aludir, brevemente y a modo de introducción, a cada uno por separado.

En primer lugar, el ecumenismo. Para Ratzinger, este está relacionado con la posibilidad del diálogo y presupone la existencia de la verdad. Todo lo que sugirió sobre el encuentro interreligioso es muy relevante y no hay duda de que lo será en el futuro, a medida que se intensifica la configuración multicultural de nuestras sociedades. Lo decisivo es que, para él, no todas las religiones son iguales; pensaba que este axioma redundaba en beneficio del indiferentismo religioso. Además, sostuvo algo muy significativo, que no se puede pasar por alto: el diálogo no existe para renunciar a la verdad, sino para comprometerse a buscarla con sinceridad, lo cual es muy diferente.

La fe y la razón son otros de los temas recurrentes en su obra, desde que publicara, en 1968, el ensayo que le lanzó al estrellato intelectual: nos referimos a *Introducción al cristianismo*. Allí explicaba la pervivencia de la duda incluso para quien asiente a la fe. En esta importante obra, relacionaba la creencia en Cristo, el descubrimiento del «Logos» y la verdad, entendiendo el primero desde el punto de vista de la «comprensión», es decir, como la instancia que orienta al hombre hacia lo más profundo de lo real. Ahondaremos en ello a lo largo de estas páginas.

Otro de sus ámbitos de interés lo constituye, en tercer lugar, la escatología. Como Obispo de Múnich publicó un libro titulado así, *Escatología*, una suerte de manual sobre esta importante,

aunque a veces preterida, disciplina teológica, que, en su opinión, es uno de los lugares centrales de la revelación. A los ojos de la fe, la muerte no es el fin, sino el umbral que lleva al individuo a la vida eterna, de modo que la existencia mundana ha de estar, consecuentemente, transida de esperanza, una virtud teologal a la que, por cierto, dedicó una encíclica: *Spe salvi*.

Ratzinger fue considerado, asimismo, uno de los principales renovadores del Movimiento Litúrgico, siguiendo la inspiración de su maestro, Romano Guardini. Criticó algunas de las desviaciones en esta materia y explicó el sentido de los ritos litúrgicos en *El espíritu de la liturgia*, publicado en 2001, un homenaje al ensayo original de Guardini, aparecido en 1918.

Pero se podría decir que más medular, por lo que atañe a la metodología teológica, ha sido otro ámbito de preocupación: explorar la forma en que el saber se une a la revelación. Benedicto XVI siempre insistió en que la investigación no podía dar la espalda a la verdad y que la teología poseía un sentido eclesial. Además, la teología requiere del dogma, puesto que este no es un peso o fardo para la razón, sino una «ventana» que hace posible comprender lo que Dios ha tenido a bien comunicar a los hombres. Del mismo modo, la Escritura y el Magisterio no constituyen dos fuentes reveladas diferentes, sino una sola, siendo la tradición una «exposición» de la Palabra divina expresada en la Biblia.

La creación fue otro de los temas tratados por el que fuera Papa emérito. A través de una relectura del Génesis, puso de manifiesto la falsa autonomía de lo humano que se impone como uno de los principales legados modernos. La autonomía humana —o, al menos, una concreta interpretación de esta— niega la condición creada de la persona. Sin admitir la creación, se rompe la inteligibilidad del mundo, puesto que Dios, al ser logos, crea insertando la razón como clave del universo.

Todo es racional en cuanto creado⁷. El reconocimiento de la creación implica la certeza de que Dios puede intervenir en el mundo, como Señor de la naturaleza y de la historia. Ahí radica el deber humano de respetar el orden creado. Muchas de estas ideas aparecen en su libro *Creación y pecado*, que recoge sus catequesis en la Catedral de Múnich.

No hay que pasar por alto, finalmente, la persistente preocupación de Ratzinger por entender la importancia cultural de la fe y su situación en la sociedad de hoy. Su reflexión sobre la verdad y la inquietud por el estrechamiento ideológico o científico de la razón —por la pérdida de sentido, en definitiva— aparece como una de sus aportaciones más determinantes. Así, el teólogo alemán estuvo especialmente atento a la hora de identificar aquellos elementos de la cultura contemporánea que obstaculizan el contacto del hombre con lo esencial, así como advertir, esperanzadoramente, cuáles eran admisibles. Obras como *Ser cristiano en la era neopagana* o *Verdad, valores y tolerancia* están dedicadas a estas cuestiones.

Y, POR ÚLTIMO, PROFESOR

Joseph Ratzinger comenzó a dedicarse a la enseñanza bien pronto. Muy poco después de su ordenación sacerdotal, se le designó, según se ha dicho, profesor de teología fundamental en el seminario de Frisinga. Desde entonces, y hasta su consagración episcopal, siempre estuvo vinculado al mundo académico. ¿No resulta simbólico que un teólogo de su talla, con una vocación docente tan acusada, terminara su trayectoria ocupando lo que para la tradición es la cátedra de Pedro?

7 La frase es parecida a la de Hegel («Todo lo racional es real, todo lo real es racional»), pero con otro sentido: el Dios cristiano es un ser trascendente y personal.

Ilustremos su trayectoria docente con algunos datos. En 1959 le ofrecen la cátedra de Teología Fundamental de la Universidad Bonn. Es allí donde pronuncia su famosa conferencia «El Dios de la fe y el Dios de los filósofos» y empieza a adquirir fama entre alumnos y teólogos. En 1963 ganó la cátedra de Teología Dogmática de la Universidad de Münster⁸. Tres años más tarde, llega a la prestigiosa Facultad de Teología de la Universidad de Tubinga, por recomendación, entre otros, de Hans Küng. Es en ese momento en el que percibe la violencia ideológica del ambiente —son los convulsos años sesenta— y decide, tras permanecer tres años, buscar otro campus, un cambio motivado por la búsqueda de la tranquilidad y la necesidad de alejarse de la agitación en los órganos académicos. Así, en 1969 se traslada a la Universidad de Ratisbona, más humilde intelectualmente; será el último centro académico en el que trabajará.

Además de profesor, el Papa también desempeñó a lo largo de su carrera determinados puestos directivos, lo que ahora se llamarían «responsabilidades de gestión». Llegó, por ejemplo, a ser decano de la Facultad de Teología en Münster y miembro del órgano directivo de esa universidad. También ocupó el decanato en Ratisbona, en alcanzó el puesto de ser vicerrector. Nada de ello fue un obstáculo para su trabajo intelectual, ya que por aquella época le encargaron diversos materiales docentes y un manual sobre teología dogmática, aunque no pudo concluirlo porque coincidió con su nombramiento como Obispo de Múnich.

Todos los biógrafos del pensador alemán coinciden en afirmar en el rápido prestigio docente que adquirió Ratzinger. Sus clases eran estimulantes, pero sobre todo claras y amenas. De acuerdo con lo indicado por quienes tuvieron la suerte de

8 La teología fundamental es más amplia que la dogmática. En el primer caso, se presentan de un modo sistemático los fundamentos de la fe cristiana, así como su especificidad. La segunda disciplina propone, por su parte, un estudio de las verdades reveladas, es decir, de los dogmas.

estar en un aula con él, su atractivo residía en que presentaba los temas de un «modo nuevo y siempre diferente». Las clases siempre estaban repletas y, en muchos casos, las lecciones daban lugar, posteriormente, a libros o ensayos, que gozaron de enorme popularidad. Uno de los secretos de su fama era la capacidad que mostraba como profesor para vincular los problemas teológicos con cuestiones existenciales o culturales que preocupaban a quienes le escuchaban. A este respecto es iluminador el comienzo de *Introducción al cristianismo*⁹. Parte de la extrañeza de la fe y de que la tradicional familiaridad con la creencia se ha vuelto problemática. Al mismo tiempo, legitima las dudas, interpretándolas de un modo positivo, como camino que pueden conducir de la perplejidad a la certeza, a diferencia de la concepción tradicional, según la cual la vacilación ante la fe constituía un síntoma inexorable de una pérdida de esta.

La larga experiencia acumulada y el prestigio convirtieron a Ratzinger en una voz autorizada cuando de lo que se trataba era de repensar el papel y la función del profesorado. Explicaba en un encuentro:

¿Dónde encontrarán los jóvenes esos puntos de referencia en una sociedad quebradiza e inestable? A veces se piensa que la misión de un profesor universitario sea hoy exclusivamente la de formar profesionales competentes y eficaces que satisfagan la demanda laboral en cada preciso momento. También se dice que lo único que se debe privilegiar en la presente coyuntura es la mera capacitación técnica. Ciertamente, cunde en la actualidad esa visión utilitarista de la educación, también la universitaria, difundida especialmente desde ámbitos extrauniversitarios. Sin embargo, vosotros, que habéis vivido como yo la universidad, y que la vivís ahora como docentes, sentís sin duda el anhelo de algo más elevado que corresponda a todas las dimensiones que constituyen al hombre [...]. He ahí

9 J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca, 2009.

vuestra importante y vital misión. Sois vosotros quienes tenéis el honor y la responsabilidad de transmitir ese ideal universitario: un ideal que habéis recibido de vuestros mayores¹⁰.

Además de su habilidad docente, mostró siempre dotes para el diálogo. Los medios fueron muy injustos, pues le presentaban como un inquisidor redivivo: nada más lejos de la realidad. Aceptaba la opinión de los otros; les respetaba, era tolerante y abierto. Desde el principio de su labor en la universidad, no solo cultivó asiduamente la comunicación con sus alumnos, desarrollando un clima de confianza y respeto, sino que propició también un ambiente comunitario entre sus discípulos:

Siempre me he esforzado por hacer análisis cuidadosos y, precisamente por ese mismo motivo, también he procurado —en mi círculo de doctorandos— ayudar a que los demás detectaran los puntos débiles de una argumentación. Ha sido una magnífica experiencia a nivel humano. En vez de trabajar en solitario con cada doctorando, nos reuníamos todos un par de horas a la semana para que cada uno pudiera presentar a debate las dificultades que encontraba en su trabajo¹¹.

Ese sistema de trabajo más colaborativo lo incorporó más tarde a la propia Congregación para la Doctrina de la Fe, que depuró de personalismos, instaurando la mejor toma de decisiones colectiva. En cualquier caso, el círculo de discípulos que se conformó en torno al teólogo ha sido importante, ya que Ratzinger promovió encuentros con otros pensadores, aseguró la sólida formación teológica de sus doctorandos y se exigió estudiar temas de actualidad. Así se fue formando una comunidad intelectual, con amplios intereses, que mantuvo incluso

10 Benedicto XVI, *Discurso durante el encuentro con jóvenes profesores universitarios*, 19-08-2011, El Escorial.

11 J. Ratzinger, *La sal de la tierra*, *op. cit.*, p. 71.

hasta su llegada y salida posterior del Vaticano. Se trata del *Ratzinger Schülerkreis* (círculo de estudios de Ratzinger), un grupo, primero informal, más tarde institucionalizado, que se reunía al menos una vez al año, desde 1981. La dinámica era la siguiente: se proponía un tema de estudio y se debatía en conjunto durante algunos días. El cardenal Schönborn y los teólogos Wiedenhofer o Wohlmuth fueron algunos de sus miembros; el círculo se reunió por última vez en 2018, con un seminario dedicado a la Iglesia, el Estado y la sociedad¹².

FUNCIÓN Y NATURALEZA DE LA UNIVERSIDAD

Como otros pensadores, especialmente John Henry Newman, a quien se sentía especialmente cercano, Joseph Ratzinger estaba inquieto por la deriva de la universidad en general y, en concreto, por el estado de la enseñanza superior católica. No es casual, pues la universidad es el lugar donde tradicionalmente con más intensidad se ha buscado el saber y, por tanto, la verdad. No atender a los problemas específicos que afronta esta institución hubiera sido imperdonable y, en todo caso, poco coherente con su preocupación por ensanchar las fronteras de la razón.

En calidad de pontífice, dedicó, de hecho, muchas intervenciones a repensar el papel de la enseñanza y a denunciar las deficiencias de una comprensión de la universidad restringida a lo científico-natural. Como veremos, lo mismo achacaba al modelo de racionalidad moderno, que es el que ha permeado, hasta desnaturalizarlas, en las aulas universitarias. En opinión de Ratzinger, la universidad era un espacio privilegiado para que la persona se preguntara por el sentido de la vida y

12 Sobre el papel como docente, cfr. G. Valente, *El profesor Ratzinger*, San Pablo, Madrid, 2011.

profundizara sobre los trascendentales: la verdad, el bien y la belleza. Por este motivo, no hay que pensar que en sus alocuciones sobre estas cuestiones Benedicto XVI se dirigiera a los católicos: hablaba a la humanidad sedienta y necesitada de verdad.

Señaló en La Sapienza:

¿Qué tiene que hacer o qué tiene que decir el Papa en la universidad? Seguramente no debe tratar de imponer a otros de modo autoritario la fe, que solo puede ser donada en libertad. Más allá de su ministerio de Pastor en la Iglesia, y de acuerdo con la naturaleza intrínseca de este ministerio pastoral, tiene la misión de mantener despierta la sensibilidad por la verdad; invitar una y otra vez a la razón a buscar la verdad, a buscar el bien, a buscar a Dios; y, en este camino, estimularla a descubrir las útiles luces que han surgido a lo largo de la historia de la fe cristiana y a percibir así a Jesucristo como la Luz que ilumina la historia y ayuda a encontrar el camino hacia el futuro¹³.

El antiguo profesor de Ratisbona relacionaba la pregunta por la naturaleza y función de la universidad con la interrogación y el anhelo de verdad. De ahí se colige la crisis de la razón. Y es que si, por su finalidad específica, la universidad es el espacio en el que la verdad se descubre y cultiva, fácilmente cabe pensar que las instituciones dedicadas a la investigación y enseñanza superior no pueden ser inmunes a la crisis cultural.

Pero ¿cuál es la causa de las dificultades que atraviesan los centros universitarios? El origen último tiene que ver con la pérdida del sentido de la trascendencia. En efecto, fue la confianza en la racionalidad de lo creado lo que llevó al ser humano a institucionalizar el estudio de las ciencias bajo la forma de las

13 Son palabras del discurso preparado por Benedicto XVI para su visita a la Universidad de La Sapienza prevista para el 17 de enero de 2008, pero que tuvo que cancelar ante las protestas.

primeras universidades. Y es que el impulso religioso no exige renunciar a la verdad, sino que históricamente ha sido uno de los estímulos de su descubrimiento. «El problema de Dios, en último término, no es sino el problema de la verdad»¹⁴. La raíz última de la crisis universitaria ha sido, pues, la exclusión, por la fuerza de la cultura laicista, de ese logos que hace inteligible tanto el mundo natural como el humano.

PELIGROS PARA LA UNIVERSIDAD

Marcos Cantos Aparicio ha sintetizado el diagnóstico de Benedicto XVI sobre la situación de los estudios universitarios en la actualidad. A su juicio, son seis los peligros que amenazan la misión y finalidad de la universidad¹⁵. En primer lugar, el utilitarismo. La imposición de un modelo funcional de razón y la generalización de las ciencias «útiles» han transformado la universidad en centros de formación profesional, sometiéndola a las exigencias del mercado y las demandas de la industria¹⁶. Todo ello ha postergado la verdad y dificultado la búsqueda del sentido existencial, eliminando la importancia formativa de la experiencia universitaria. Junto con ello, ha tenido asimismo su peso la pérdida de la unidad del saber; Benedicto XVI mostró lo peligrosa que era la fragmentación del saber y la excesiva especialización. Eso convierte a las disciplinas en conocimientos incommunicables, lo que, además de contradecir la finalidad propia de la universidad (*universitas* tiene que ver, como

14 J. Ratzinger, *Dios como problema*, Cristiandad, Madrid, 1973, p. 13.

15 M. Cantos Aparicio, *Razón abierta. La idea de universidad en J. Ratzinger/Benedicto XVI*, BAC, Madrid, 2015, p. 48 y ss.

16 Para un análisis sobre los males generales de la universidad, consúltese también J. M. Carabante, «Universidad, verdad y pensamiento crítico», en C. Martínez-Sicluna (ed.), *Habilidades prácticas del jurista*, Dykinson, Madrid, 2022, p. 11 y ss.

es evidente, con la universalidad), elimina la unión de razón y palabra, de acuerdo con la riqueza semántica de «logos». Frente a ello, es deseable promover la integración del conocimiento.

En tercer lugar, hemos de hablar del positivismo, una corriente que no exige únicamente asumir la primacía de la metodología de las ciencias empíricas, sino que niega radicalmente la posibilidad de un conocimiento fuera de dicho ámbito. El correlato de la cultura orientada exclusivamente hacia lo empírico-positivo es la marginación de las disciplinas humanísticas —entre ellas, la filosofía y la teología— y la expansión de la ideología científicista, que también se difunde por todo el espectro social, conformando un «fideísmo científico» que reemplaza a la creencia religiosa¹⁷.

Cuarto, el relativismo. Este aprovecha dos puertas de entrada para colonizar la universidad: en primer lugar, se filtra en las aulas universitarias a través de los modos y actitudes de profesores y alumnos. Por otro lado, se inmiscuye cuando los campus dejan de propiciar el encuentro con la verdad en su más amplio sentido. Se trata de uno de los peligros más devastadores porque implica la destrucción de uno de los fundamentos de la universidad: el interés por la verdad.

Otro de los peligros es la pérdida de la libertad, un extremo cada vez más palpable tras la ola de lo *woke* y la cultura de la cancelación¹⁸. Aunque cuando vivía estos fenómenos no eran tan extremos, muchos de los análisis que hizo Ratzinger son aplicables a lo que sucede hoy. Por ejemplo, se refirió en incontables ocasiones a la merma de la autonomía universitaria, una

17 Es importante notar que con el rechazo —u olvido, por no pensar mal— de las humanidades se resiente el espíritu crítico. ¿No se puede concluir que existe indubitablemente una relación entre el desprestigio de las letras y el mayor auge de la desinformación?

18 Hay muchos libros sobre la cultura de la cancelación. Sobre los perjuicios para la libertad, se puede consultar D. Mamet, *Himno de retirada*, Deusto, Barcelona, 2023.

de las cualidades que posibilitan el cumplimiento de su misión. En este sentido, conviene recordar que las universidades nacieron como lugares de excepción y protegidos especialmente por la autoridad religiosa o eclesiástica que los erigía, con el fin de evitar la injerencia política y económica. Pues bien, paulatinamente han ido perdiendo sus protecciones, quedando al albur de intereses espurios, lo que daña considerablemente la libertad de investigación.

Por último, sexto, hay que mencionar la disolución de la vocación social de la universidad. El ambiente competitivo e individualista que se ha instalado ha hecho olvidar que se trata de una institución de servicio. Es evidente que esto no se puede mantener si lo que se resalta de los estudios superiores es su lado económico o la necesidad de que provean de mano de obra especializada al mercado laboral, desconociendo la diferencia entre la universidad y la formación profesional. Eso ha hecho que los estudiantes, en lugar de buscar resolver, de un modo generoso y desinteresado, problemas sociales o de servir a la verdad, para encontrarse con el prójimo, se conduzcan por criterios egocéntricos, de carrera o economicistas, lamentablemente.

Bien; aceptémoslo: la universidad, al igual que la razón, está en crisis. ¿Cuál es la solución? Para Benedicto XVI, esta pasa por recuperar la vocación universitaria originaria, en el redescubrimiento de su misión esencial. Más allá de propuestas concretas —a veces, meros maquillajes—, se requiere urgentemente volver al espíritu que determinó su nacimiento. No se trata, pues, de hablar de las humanidades o de insistir en la relevancia de la teología para el bien de la universidad —se trate de centros católicos o no—, sino de ahondar más. Y es que una lectura atenta de los escritos de nuestro autor evidencia que, realmente, el gran problema de la universidad, como de la cultura contemporánea, tiene que ver con la cuestión de la racionalidad y los límites que impone a la razón el pensamiento

moderno. En resumen: para Ratzinger, el gran desafío de las universidades y, en concreto, de las católicas, estribaba «en hacer ciencia en el horizonte de una racionalidad verdadera, diversa de la que hoy domina ampliamente, según una razón abierta a la cuestión de la verdad y a los grandes valores inscritos en el ser mismo y, por consiguiente, abierta a lo trascendente, a Dios»¹⁹.

UN PENSADOR DE REFERENCIA

Tal vez lo que resume con más precisión la carrera de Ratzinger sea el término «pensador»²⁰, ya que manifiesta con toda claridad su inquietud por comprender, una inquietud que subyace, como se ha visto, tanto a su decisión de hacerse sacerdote como a la de dedicarse a la investigación teológica. Se trata además de un rasgo que se origina en su compromiso con la razón, por la constatación de que la persona, en cuanto ser creado, tiene la capacidad y el deber de entender su entorno. Sin esa confianza en la razón —una cualidad, por cierto, que sin duda extrañará a quienes entiendan la fe como una forma de superstición, pero que para Ratzinger resultaba connatural a la fe cristiana—, no habría podido florecer y desarrollarse su vocación intelectual. Una vocación de pensador que ha sido reconocida internacionalmente y que ha llevado a hablar de «un Papa intelectual», como señaló en su momento un gran conocedor de su obra, Olegario González de Cardedal. Esa consideración le valió el

19 Benedicto XVI, *Discurso en la inauguración del 85.º curso académico de la universidad católica del Sagrado Corazón*, 21-11-2005, Roma.

20 Aunque emplearemos indistintamente los términos «pensador» e «intelectual», estamos de acuerdo en lo que indicaba J. L. Marion en una entrevista: intelectual es un vocablo vinculado con la defensa de una determinada ideología. Desde este punto de vista, Ratzinger sería, por su amor a la verdad, ante todo un pensador.

nombramiento de doctor *honoris causa* por diez universidades, confesionales y no confesionales, y numerosos premios que destacaban su contribución en el campo del conocimiento. Quizá uno de los galardones más relevantes, indicador de su talla intelectual, fue su entrada en la Academia Francesa de Ciencias Morales y Políticas, en 1992.

Ese interés —la pasión, estamos tentados de decir— por comprender lo que le rodea, le llevó a acercarse y debatir con sus coetáneos. En el campo teológico, Ratzinger mantuvo polémicas interesantes con personalidades relevantes, entre las que destacan Karl Barth (teólogo protestante), Karl Rahner o los citados Moltmann y Metz. Más mediático fue su enfrentamiento con Hans Küng, aunque ha sido menos interesante desde un punto de vista intelectual. A todo ello se añaden los debates provocados por decisiones tomadas en el seno de la Congregación para la Doctrina de la Fe mientras él era prefecto. Nos referimos a las controversias con el teólogo holandés Edward Schillebeeckx, con Gustavo Gutiérrez, uno de los promotores de la teología de la liberación, o Anthony de Mello.

En el campo filosófico, Ratzinger se sintió inclinado desde su juventud por el personalismo; en cambio, no simpatizó con los representantes de la escolástica. Más platónico que aristotélico, más agustiniano que tomista, conocía perfectamente la historia del pensamiento y había estudiado con hondura la transición cultural y filosófica a la modernidad. En sus obras aparecen mencionados filósofos como Heidegger, Jaspers o Nietzsche y no dudó en departir con quienes más alejados se hallaban de sus puntos de vista. El encuentro más relevante, en este sentido, fue el ocurrido el 19 de enero de 2004 en la Academia Católica de Baviera con el último representante de la Escuela de Frankfurt, Jürgen Habermas, donde se abordó el asunto de la secularización y sus consecuencias y que tendremos ocasión de ver más adelante.